

En búsqueda de vida en plenitud

Ofelia Ortega

“Dios no es un gran tirano celestial que nos amenaza y aterra con un poder arbitrario, impredecible, que puede estar a favor o en contra de nosotros. Tampoco es un abuelo o una abuela celestial maravillosa que se encarga de todo lo nuestro y hace nuestras vidas suaves, fáciles y sin dolor, sin esperar ni exigir nada de nosotros. Estas dos maneras de entender a Dios, son ídolos muertos... Dios ni es un tirano celestial ni un abuelo o abuela celestial, tampoco es una combinación de ambos. De hecho, Dios está por encima nuestro, pero con nosotros, distante pero familiar, poderoso pero amoroso, amoroso pero poderoso, ambos al mismo tiempo.”¹

¿Qué tipo de persona es Dios?

En la actualidad, la actividad misionera de nuestras iglesias tiene lugar en el marco de estos tiempos convulsionados, en el que la pobreza, la guerra, el desempleo, la explotación del medio ambiente, la expulsión de personas del sistema económico, la violencia doméstica, el odio racial y la discriminación, la prostitución infantil, y la violencia doméstica son comunes a todos los contextos.

Estamos viviendo un tiempo en el que casi todo aspecto de la realidad rebalsa de conflictos, y en el que cada uno expresa una distintiva forma de violencia individual o colectiva. Si tuviéramos que identificar un factor común en todo esto podríamos llamarlo: desprecio por la vida de las demás personas. El otro/la otra –nuestro prójimo de acuerdo con las Escrituras– es sociológicamente ignorado, o económicamente excluido, o sexualmente subyugado. Está ausente de los titulares o descartado de nuestras historias, o para decirlo de forma sencilla: simplemente no existe para la historia.

¿Cómo hablamos del amor de Dios a quienes viven en un mundo que les es hostil, a quienes están condenados a la miseria y la ignorancia, a quienes están excluidos por la sociedad, a quienes están solos en medio de la indiferencia? ¿Cómo interpretamos la soberanía de Dios en medio del deterioro de la vida, no sólo en el nivel macro-estructural de la economía global, sino también, y quizás como consecuencia, al nivel personal y en los niveles micro-sociales, que experimentan crisis no sólo en términos materiales, sino también crisis de significado?

Quizás la más poderosa “imagen de misión” que se produjo durante la Octava Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias (Harare, 1998) fue la propuesta por el teólogo Kosuke Koyama, en la que expresa que Dios es el Dios que va desde el centro hasta la periferia (Lc 15:20), de esta manera transforma

la periferia en centro. Dios transforma lo invisible en visible cuando el padre, que actúa con amor de madre insta: “Saquen pronto la mejor ropa y vístanlo; pónganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el becerro más gordo y mátenlo.” (Lucas 15:22s).

Necesitamos reconocer que la doctrina cristiana de Dios tiende a acentuar el aspecto del poder trascendente propio de una deidad concebida patriarcalmente al servicio del imperio; pero al hacer eso ha dañado nuestra comprensión del Dios del que se da testimonio en las Escrituras. ¿Qué tipo de ser viviente es Dios para nosotros?

Las iglesias en la tradición reformada (y en la tradición cristiana en general) en primer lugar han pensado en los atributos que apuntan a la majestuosa soberanía de Dios, al utilizar adjetivos tales como: infinito, inmutable, eterno, incomprendible, todopoderoso, absoluto hasta lo sumo (como por ejemplo, en la Confesión de Westminster, capítulo 2, párrafo 1).

Luego, en segundo lugar, vienen los atributos de Dios en su tratamiento con nosotros: amoroso, compasivo, misericordioso, sufrido, perdonador, justo. El primer conjunto de atributos es visto como el más importante. Así en el siguiente párrafo la Confesión de Westminster regresa a ellos y los trata de manera exclusiva.

Muchas teólogas feministas proponen la aventura de intentar trascender este esquema teológico para entrar en el misterio de la trascendencia más allá de toda imagen.

Estrechamente relacionada con la trascendencia se encuentra la *relación*, la relación articulada entre todos los seres humanos, los animales, las plantas, la tierra, el aire, el fuego, el agua, el cosmos. Todo lo que es, existe en relación y vive en relación, una energía vital en la que existimos, un misterio primario que simplemente es.

Ivone Gevara escribe sobre este sentido de trascendencia “como una experiencia ética, es decir es una invitación y llamado a vivir como un valor absoluto. Esta trascendencia ética es experimentada sobre las bases de las relaciones humanas que nos ‘trascienden’, que van más allá de nosotros, que nos llevan a salir de nuestro egoísmo y letargo. Es una experiencia que nos pone en solidaridad, en un estado de misericordia y amor, con aquellos que son diferentes, con los prójimos que han caído en los caminos de la vida... Es una experiencia de profundo gozo, de acción llena de gracia por actos de ternura que tienen lugar en nuestro medio. También es una experiencia de belleza que nos abre a amplios horizontes, que estimulan y son misteriosos.”²

Iglesias y comunidades proféticas en solidaridad

Crear en “Dios el Padre omnipotente, creador del cielo y la tierra” es confesar nuestra fe en Dios como creador y sustentador de toda la creación. Al interpretar este artículo del credo, Martín Lutero dice que en la creación, todo lo que es

necesario para sostener al ser humano en dignidad es provisto por Dios: comida, ropas, refugio, salud, y un buen gobierno.

Sin embargo, la realidad contradice de forma severa la afirmación de Lutero. Hay una gigantesca carencia de todo lo que es necesario para los seres humanos. Miles de millones de personas a duras penas sobreviven bajo la insoportable carga de la pobreza y la miseria.

El Dios creador no puede permitir la injusta concentración y distribución actual de las riquezas. El abuso de la naturaleza es también una amenaza a toda la humanidad. Desde el punto de vista teológico, el mundo en la actualidad es más que una perversión pecaminosa de la creación: es la negación del Dios creador. Cualquier ataque a la vida constituye un ataque a Dios.

Esto es tan cierto en estos momentos difíciles, como en cualquier momento difícil en el pasado.

Bajo los imperios helénicos y romanos después del año 333 AEC,³ el pueblo de Judá desarrolló varias formas de resistencia en un último intento de encontrar alternativas.

Estratégicamente, el instrumento clave era decir que no, cuando todo el mundo decía sí. En el libro de Daniel, el capítulo 3 describe a tres hombres judíos que resisten, pues rechazan inclinarse ante la estatua de oro, la encarnación del poder político, económico e ideológico absoluto.

En la literatura de resistencia apocalíptica, la persistencia se nutre en la esperanza de que el Reino de Dios con rostro humano superará a los imperios bestiales (Daniel 2:7).

Konrad Raiser expresa la necesidad de alternativas cuando habla de “abrir espacio”. Para él, “esta metáfora responde a una de las características esenciales de un mundo globalizado: su carácter cerrado. Por vez primera en la historia humana, se está experimentando al mundo como un sistema interdependiente cerrado e inevitable... es contra esta globalización que la metáfora de abrir espacios capta la dinámica de la misión en una era de globalización.”⁴

Estamos llamados a ser “comunidades de justicia transformadora”. El estudio sobre “eclesiología y ética” nos ayuda a comprender este llamado.

La iglesia como institución histórica está... en un proceso de “formación moral” guiado por Dios, un proceso que continuará hasta que el Reino de Dios llegue. Por tanto, las tareas de formación y discernimiento moral y espiritual siempre serán parte de la vida y misión de la iglesia. Aunque lo digamos nuevamente: en la propia lucha de la iglesia por la justicia, la paz y la integridad de la creación, la esencia misma de la iglesia está en juego.⁵

Tenemos una responsabilidad y un desafío real de hablar del Dios de la vida y el amor, cuando la realidad parece ser gobernada por el egoísmo y la muerte. En estas condiciones sociales objetivas, debemos enfrentar nuestra propia misión.

Salvación y juicio

Juan 10 es el último capítulo de la revelación de Jesús en el cuarto Evangelio. Hay dos partes claramente marcadas: la primera parte (Jn 10:1-21) es sobre el buen pastor y su rebaño. Hay dos breves discursos sobre este tema general y cada uno de ellos está seguido por una declaración sobre el efecto que provoca en el público. Los discípulos no comprenden lo que Jesús dice (Juan 10:6); los judíos están divididos a favor y en contra de él (Jn 10:19-21). Esta incomprensión, rechazo y división es característica de los discursos de la revelación en el Evangelio de Juan. Lo hemos visto muchas veces antes (Jn 7:20, 7:43, 8:42-52, 9:16).

De acuerdo con Raymond E. Brown: “No debemos sorprendernos por el hecho de que la reacción a las parábolas se caracteriza por la incapacidad de comprender, porque en la tradición sinóptica, las parábolas también son recibidas con la misma falta de comprensión (Mr 4:13).”⁶ No se trata de un problema intelectual, se trata de un rechazo deliberado a aceptar el desafío del Evangelio.

En los Evangelios sinópticos, el desafío está centrado en el Reino, en Juan está centrado en Jesús mismo. La bien conocida frase sinóptica: “El Reino es como...” tiene su paralelismo en Juan con los “Yo soy” de Jesús.

El diálogo entre Jesús y los líderes judíos se concentra en la palabra “obra” (Jn 10:25, 32, 37, 38): sus obras no sólo traen la sanación, sino que también provocan una abierta oposición en aquellos que tenían el poder y la autoridad en las instituciones de aquel tiempo.

Para comprender este pasaje sobre el buen pastor y su oveja, el ladrón, el bandido y el criado debemos compararlo con el juicio de Dios sobre los falsos profetas y los pastores en Ezequiel 34.

Este simbólico texto sobre el pueblo de Dios como el rebaño del buen pastor (Dios, pero también el Mesías) y sobre los pastores falsos, usurpadores y sanguinarios es muy similar a Juan 10:1-18. En ambos casos, los líderes corruptos de Israel son denunciados como falsos pastores del rebaño. En lugar de alimentar las ovejas, se las comen, en lugar de protegerlas, dejan que se descarrien.

Como resultado, el rebaño se dispersa y es devorado por los animales salvajes. Por tanto, estos pastores serán apartados de su trabajo y Dios encontrará a sus ovejas, de la misma manera que el pastor encuentra a su rebaño un día nublado y de oscuridad. Dios las traerá de vuelta (Ez 34:14-16).

Ezequiel 34 es un juicio severo sobre los falsos pastores, pero es una promesa liberadora para todo el rebaño. La promesa culmina con una proclamación divina: “Ustedes son mis ovejas, las ovejas de mi prado. Yo soy su Dios.” (Ez 34:31).

En Ezequiel es Yahvé (el Señor), en Juan es Cristo, quien hace obras liberadoras y salvadoras cuando rescata, dirige y conoce sus ovejas. En Juan,

encontramos más características que enriquecen la imagen presentada por Ezequiel. El pastor entrega (*titheimi*) su vida por la oveja, se ofrece voluntaria y vicariamente, y la vida que él ofrece es abundante y eterna (Juan 3 y 6).

¿Quiénes son los líderes y cuáles son las naciones que se muestran cobardes y violentos, buscando su propio beneficio? La profecía de Ezequiel es una “sentencia judicial” contra estos líderes indignos (Ez 34:10). ¿Quién denuncia actualmente a los líderes poderosos económicos, sociales y políticos por robar, matar, explotar y desamparar a aquellos a quienes deben cuidar?

¿Quiénes son los buenos pastores en el pueblo de Dios y quienes son los criados? “No sirven a Cristo nuestro Señor, sino a sus propios apetitos, y con sus palabras suaves y agradables engañan el corazón de la gente sencilla.” (Rom 16:18).

Una ética de bienes comunes

Ezequiel nos llama a fortalecer al débil, sanar al enfermo, ayudar al discapacitado, buscar al perdido y nunca tratarlo con dureza y crueldad (Ez 34:4).

Isaías también presenta a Yahvé como el liberador de su pueblo y el buen pastor: “Llega ya el Señor con poder, sometiéndolo todo con la fuerza de su brazo. Trae a su pueblo después de haberlo rescatado. Viene como un pastor que cuida su rebaño; levanta los corderos en sus brazos, los lleva junto al pecho y atiende con cuidado a las recién paridas.” (Is 40:10).

En Juan, Jesús es el buen pastor. La palabra “buen” aquí es la palabra griega “*kalos*”, que literalmente significa hermoso, correcto, adecuado y transmite los aspectos de rectitud, unidad, sentido moral y comportamiento adecuado: “por medio del adjetivo ‘*kalos*’ se refiere no sólo a su carácter, su resolución, sino también su razón de ser.”⁷

Cuando se habla de entregar su vida por su rebaño (*tithenai ten psykhen*) se radicaliza el compromiso por los otros, como dice Bultmann. Este es un importante tema en la doctrina de la salvación que aparece a través del Evangelio de Juan. El Dios de Jesús es un Dios de amor que realiza una obra de salvación y liberación. Jesús ofrece vida a otros entregando su propia vida por los demás. Este ofrecimiento de vida, se extiende a toda la humanidad: habrá un rebaño y un pastor (Jn 10:16). Por contraste, los ladrones, asaltantes, o asesinos (*lestes*) roban, matan y destruyen. Ellos arrebatan la vida en lugar de darla.

Estos textos de la Escritura presentan un desafío existencial. Cuestionan a todos y cada uno de nosotros acerca del futuro ético de los cristianos y las iglesias en un mundo lleno de injusticias y deshumanización. ¿A qué tipo de compromiso están llamados en la actualidad los verdaderos seguidores del Evangelio? ¿Qué riesgos debemos enfrentar al abrirnos a los demás y dedicar nuestra vida para beneficio de otros, de modo que tengan vida eterna y abundante? Franz Hinkelammert y Henry M. Mora nos llaman a practicar una

ética de bienestar común, marcada por la resistencia, el cuestionamiento, la intervención y la transformación.⁸

Esta ética de bienestar común introduce valores a los que cualquier cálculo ético o de interés propio debe ser sometido:

Respeto por los seres humanos y su vida en todas las dimensiones, así como el respeto por la vida de la naturaleza

Reconocimiento mutuo entre los seres humanos, así como el reconocimiento de nuestro ambiente

Estos valores son la base de nuestra vida común, sin los cuales ésta es socavada y destruida. “No podemos ser humanos hasta que todos sean humanos.”⁹ Nadie puede vivir, a no ser que todos vivan.

Estos valores desafían el absolutismo de las relaciones de mercado. El mercado es ciego. No reconoce valores. No puede distinguir entre la vida y la muerte. Cuando se arrancan los mercados de su contexto en la comunidad humana, la vida humana se distorsiona y la naturaleza se destruye. El mercado se convierte en un monstruo destructivo que arrolla sin piedad la montaña de víctimas.

Una ética del bien común nos lleva a oponernos a un orden mundial pecador. Una ética del bien común nos recuerda que Jesús vino para que la humanidad tenga vida y la tenga en plenitud, y nos llama a seguirle.

Preguntas

1. ¿Qué tipo de alternativas o “espacios abiertos” necesitamos en nuestras congregaciones e iglesias para captar la dinámica de la misión cristiana en una era de globalización?
2. ¿Cómo pueden nuestras iglesias y congregaciones responder al llamado de ser “comunidades de justicia transformadora”?
3. ¿Qué compromisos y riesgos asumen su congregación e iglesia al tratar de ser verdaderos seguidores del Evangelio hoy?
4. ¿Puede pensar en ejemplos donde su congregación o su iglesia hayan practicado una ética de bienestar común a través de la resistencia, el cuestionamiento, la intervención o la transformación?

Notas

1. Shirley C. Guthrie, *Christian Doctrine*, Revised Edition (Louisville, KY: Westminster/John Knox Press, 1994), pág.101.
2. Ivone Gevara, “The Face of the Transcendent as a Challenge to the Reading of the Bible in Latin America” in *Searching the Scriptures: A Feminist Perspective*, publicado bajo la dirección de Elizabeth Schüssler Fiorenza (New York: Crossroad, 1993), págs.178-180.
3. AEC: Antes de la Era Común. La manera de designar los años antes del nacimiento de Cristo. Los años posteriores a su nacimiento se designan Era Común (EC).

4. Konrad Raiser, *To be the Church: Challenges and Hopes for the New Millennium*, Risk Books Series (Geneva: World Council of Churches, 1977), pág.36.
5. Publicado bajo la dirección de Thomas Best y Martin Robra, *Ecclesiology and Ethics: Ecumenical Ethics*.
6. Raymond E. Brown, *El Evangelio según Juan I-XII* (Madrid, Ed. Cristiandad, 1979), pág.641.
7. Rudolf Bultmann, *The Gospel of John* (Philadelphia: Westminster Press, 1971), págs.375-378.
8. Franz J. Hinkelammert and Henry M. Mora, *Coordinación Social del Trabajo, Mercado y Reproducción de la Vida Humana* (San José, Costa Rica: DEI, 2001), págs.329-331.
9. David Jenkins, *The Contradiction of Christianity* (London: SCM Press, 1976), pág.102.